



# El maestro y el discípulo

## (*Morād wa morid*)

Discurso del maestro Dr. Javad Nurbakhsh  
en el círculo de los darwishes

La relación entre el maestro y el discípulo se establece sobre tres principios:

- \* La devoción (*erādat*) del discípulo hacia el maestro.
- \* El *zeker* que el maestro inculca al discípulo.
- \* La atención espiritual (*naẓar*) del maestro hacia el discípulo.

### 1. La devoción (*erādat*) del discípulo hacia su maestro

Todo ser humano desea encontrar un ser perfecto y armonizar con él sus actos, sus palabras y sus pensamientos, pues cada persona tiene puesta su vista en la perfección y desea encontrar un guía que le lleve hacia esa meta.

En esta búsqueda de la perfección, es posible que la persona encuentre a un maestro y lo acepte, de alma y corazón, como su guía. Al encontrar un maestro le ofrece su devoción para que el maestro, a su vez, dirija hacia él su atención.

La devoción del discípulo hacia su maestro se asemeja al llanto del bebé que reclama la leche de su madre. Cuando el bebé tiene hambre y llora, fluye inconscientemente la leche de la madre que le pone su pecho en la boca para darle el alimento. Esa misma es la situación del discípulo que, con su devoción, atrae hacia él la atención espiritual del maestro, para que éste le ofrezca su pecho, colmado de los conocimientos y de las realidades divinas, y calme así el hambre espiritual que el discípulo sufre en su búsqueda de la Realidad divina. Como dice Rumi:

*Mientras no llore la nube ¿cómo sonreirá la hierba?  
Mientras no llore el bebé ¿cómo fluirá la leche?*

La devoción del discípulo hacia su maestro le conduce desde la autoadoración y el egocentrismo al amor hacia otro y, como es bien sabido, el mayor obstáculo para el entendimiento de la Realidad es la autoadoración. Por ello se ha dicho:

*No seas como el perro, que se contenta con comer y dormir,  
dirige tu amor hacia otro, aun cuando éste sea un gato.*

Desde luego, el maestro debe ser perfecto para convertir este «amor hacia otro» de su discípulo en amor hacia Dios; de no ser perfecto, él mismo se transformaría en velo entre su discípulo y Dios, llevando a su discípulo a la idolatría, que es, en definitiva otra forma de autoadoración.

### 2. El *zeker*

El Nombre divino que el maestro inculca a su discípulo origina ciertos efectos que podemos resumir en los siguientes puntos:

Primero: El discípulo, con el recuerdo de Dios, se aleja gradualmente de su propio recuerdo, de la autoadoración y de la consciencia de sí mismo. Como dice un poeta:

*Tanto he pensado en Ti  
que mi ser cambio por Tu Ser;  
paso a paso Te acercaste a mí,  
poco a poco me alejé de mí.*

Segundo: El *zeker* es, a su vez, una forma de relación interior con el maestro, mediante la cual el discípulo fortifica su devoción hacia él.



Tercero: El discípulo, mediante su *ẓeker*, atrae la atención interior de su maestro hacia sí mismo, obteniendo así la ayuda y la aspiración interior (*bemmat*) que necesita.

Cuarto: Por medio del lazo del *ẓeker* el discípulo se hace uno con su maestro, estableciendo la unidad entre sí mismo y su maestro.

### 3. La atención espiritual (*nazar*) del maestro

Los cimientos de la Senda están en la atención espiritual del maestro. En realidad, la devoción y la constancia del discípulo en el *ẓeker* buscan atraer hacia él esa atención, pues la atención espiritual del maestro es el vínculo mediante el cual recibe el discípulo la ayuda y el favor de Dios. De ahí que se haya dicho:

*Cuarenta días de retiro, cuarenta días de retiro,  
una sola mirada interior del maestro es mejor que cien,  
cien días de retiro.*

No dará fruto alguno la inculcación del *ẓeker* al discípulo, si la atención espiritual del maestro perfecto no acompaña al Nombre divino. Esta atención es tan

importante en el *ẓeker* que cualquier palabra a la que acompañe, aun cuando no sea un Nombre divino, será efectiva en la purificación del discípulo.

He aquí un relato que aclara mejor este punto:

Cuando el maestro Moshṭāq 'Alī Shāh Esfahānī (martirizado en 1791 d.C.) residía en Kermān, se había convertido en objeto de la envidia de las autoridades religiosas. Estas pagaron a una prostituta para que fuera a ver al maestro y le sedujese. Aquella mujer fue a visitar al maestro e intentó seducirle. Cuanto más paciente se mostraba el maestro, más insistía la mujer, hasta que el maestro se dirigió a ella, exclamando: «¡Aléjate, prostituta!». Como la atención espiritual del maestro había acompañado a estas palabras para corregir a la mujer, penetraron en su corazón. Ésta volvió a su casa y la frase «¡Aléjate, prostituta!» se convirtió en su *ẓeker* y la repitió tanto que la prostitución se alejó de ella, hasta que, pasado un tiempo, se convirtió en una santa.

*No todo rostro radiante sabe robar corazones.  
No todo el que construye espejos ve en ellos lo que veía Alejandro.  
Hay ocultas aquí miles de sutilezas más finas que un cabello.  
No todo el que se rapa la cabeza sabe de la tradición de los qalandares.*  
Hāfez